

PERTENENCIA A LA IGLESIA
ALGUNAS EXPERIENCIAS AFRICANAS

ANTONIO VILLARINO RODRÍGUEZ
Director de *Mundo Negro*
Madrid

He buscado en varios diccionarios de castellano la palabra "pertenencia" y en ninguno de ellos se hace referencia al sentido que le estamos dando aquí. Para los diccionarios que he consultado, pertenecer dice relación a "propiedad", a "ser pertenencia" de alguien. Pero para nosotros la pertenencia no tiene nada que ver con "ser posesión" de nadie, sino con ser parte de un todo. Quizá el que los diccionarios no recojan este significado es un indicio claro de que se trata de algo no muy considerado en nuestra cultura, más individual que comunitaria, más amante de la libertad que de la solidaridad.

Eso no impide que también en el mundo occidental nos guste saber cuántos votan a "nuestro" partido, o son miembros de "nuestro" club, o de "nuestra" Iglesia, cuántos son favorables al aborto o cuántos van a misa los domingos. Lo que sucede es que estos sentimientos parecen ser parte de esa "irracionalidad" que tanto nos avergüenza. Pero no en todas partes es así.

Bénezet Bujo, un importante teólogo zaireño, profesor de moral en varias facultades de África y Europa, afirma que, frente a la expresión cartesiana "pienso, luego existo", el africano diría "pertenezco, luego existo". Pertenecer a una familia, a un clan, a una tribu, a una Iglesia es para el africano la única manera de vivir plenamente. Verse excluido de alguna de estas pertenencias es iniciar, al menos, un camino de muerte. En este contexto cobran todo su valor los ritos, las actitudes morales y las mismas personas.

Pero, si pertenecer es vital en África, no siempre esta claro en qué consiste, sobre todo cuando se refiere a instituciones secundarias y de alguna manera "importadas" como la Iglesia. Las preguntas que se plantean son muchas y de no fácil respuesta: ¿qué criterios adoptar, por ejemplo, para admitir a un adulto al bautismo y a la pertenencia cristiana?; ¿cuándo deja una persona de ser católica?: ¿al dejar de "ir a misa" todos los domingos, al pensar que el divorcio es aceptable, al incumplir algunas obligaciones morales, cuáles?

Las respuestas a estas preguntas varían mucho de un lugar a otro. El hecho de ser minoría o mayoría dentro de una sociedad determinada, entre otras cosas, hace cambiar bastante las exigencias y los criterios. ¿Cómo puede ser signo de pertenencia, por ejemplo, la misa dominical, si ésta se celebra sólo una vez al año? ¿Qué importancia dar al rito matrimonial cuando no está claro hasta dónde llega la exigencia evangélica, hasta dónde la imposición cultural? ¿Se requiere, para considerar a alguien miembro de la Iglesia, conocer la doctrina de la misma? ¿Qué pasa con aquel anciano del sur de Ghana que me pedía el bautismo con convicción, pero que no podía retener ningún nombre de la para él difícilísima historia cristiana? ¿No pertenece a la Iglesia la señora Fianú, que yo bauticé porque quería "vivir bajo la luz del Dios grande", pero era incapaz de comprender muchos conceptos "indispensables" de la doctrina de la Iglesia?

En Ghana, donde pasé cinco años como misionero, los católicos nos saludábamos con la tradicional expresión de algunos países católicos "Alabado sea Jesucristo", cuya respuesta era "por siempre, amén". En un mundo donde los católicos éramos minoría, esta especie de contraseña nos situaba ya en terreno conocido. Al encontrar a alguien que respondiese al saludo sabíamos que era "uno de los nuestros", dando a esta respuesta un sentido positivo, nunca negativo. Nos importaba poco, en realidad, si esa persona era muy cumplidora del culto dominical o no, si su moral era muy coherente o no. La simple respuesta al saludo-contraseña era mucho en un ambiente de no cristianos.

Esta pertenencia tiene, por supuesto varios grados. Recuerdo una aldea de Akatsi, al sur del país, donde existía una escuela católica que los misioneros visitaban regularmente acogidos por el "hameamegá", literalmente "el hombre grande de la comunidad", es decir, el presidente. Mi sorpresa fue mayúscula cuando, después de varias visitas, por fin me enteré de que el presidente de nuestra comunidad católica no estaba

bautizado; era, en realidad, un sacerdote del *odú* (la religión local). Pero el jefe del poblado lo había nombrado su representante —y por tanto jefe— ante la comunidad católica local. Esta comunidad no existía realmente; había apenas algunos niños bautizados y algún adulto de poca significación en el pueblo. Pero, en la disputa de influencias que se estableció a raíz de la colonización, la gente del lugar había optado por los católicos. Signo de esta opción era la escuela católica del lugar. Aquel pueblo era, a estos efectos, católico y se suponía que con el tiempo crecería el número de bautizados; sobre todo estaba claro que otras Iglesias no serían bienvenidas en la zona, al menos por parte de las autoridades.

En este caso podríamos hablar de una pertenencia "socio-política", no necesariamente negativa. Libremente, la gente quería moverse en el área de influencia de la Iglesia católica, a veces porque preferían el "ethos" católico, aunque no aceptasen todos sus principios ni estuvieran dispuestos a bautizarse ni a renunciar a tradiciones de sus padres. Estas situaciones eran a veces plena y conscientemente asumidas en los planes pastorales. Sabiendo que era difícil que hubiera bautismos masivos por el momento, se reservaba una especie de zona de influencia para el futuro; si en algún momento había conversiones, se producirían hacia la Iglesia católica.

Un segundo tipo de pertenencia podría ser definida como "jurídica auténtica": hay muchas personas bautizadas, que se sienten católicas, pero que en la vida práctica de cada día viven alejadas de la Iglesia, generalmente por razones de tipo moral o por conflictos entre tradición y fe. Existen dos casos típicos: *a)* el del joven católico que, al casarse o al hacerse polígamo, se ve obligado a dejar de comulgar, se siente incómodo y poco a poco se aleja, aunque conserva en su interior la "querencia" católica; *b)* el que, presionado por algún conflicto, enfermedad o tradición, acude a los ritos paganos, provocándose de nuevo una situación de ruptura con la nueva fe, que por otra parte no se rechaza del todo; en el lenguaje *ewe* del África occidental se les llama "cristianos mitad y mitad", es decir, mitad cristianos y mitad paganos.

Un tercer tipo de pertenencia sería el del "hameamagá" de una aldea de Liati, 200 kilómetros al norte de la costa ghanense. Participa en los cultos dominicales con devoción, contribuye con gusto a las finanzas de la Iglesia, preside con amor y eficacia la comunidad local... un católico ejemplar. Pero es polígamo, quizá porque en su juventud no era tan devoto o quizá porque su tradición era más fuerte que las exigencias de la Iglesia en este punto concreto de la vida. El hecho es que eso le impide

comulgar y ser un verdadero modelo de crecimiento para la comunidad a la que dedica muchas de sus energías. Él vive esta experiencia de pertenencia cordial y afectivamente total, pero sacramentalmente parcial, como quien tiene una enfermedad incurable que no afecta al ritmo global de la vida o un defecto innato con el que hay que aprender a vivir.

Hay también el grupo – generalmente minoritario dentro de comunidades ya de por sí minoritarias en su ambiente– de los que tienen todo en regla como miembros de la Iglesia: casados conforme a derecho, cumplidores del precepto dominical con una vida pública ajustada a los criterios morales católicos...

Hay, por fin, los que se identifican plenamente no sólo con la pertenencia externa, institucional y moral, sino también con los valores más profundos, llegando incluso hasta el heroísmo en algunas ocasiones. Recientemente nos ha llegado noticia de uno de estos casos sumamente emblemáticos. Se trata de una señora hutu de Ruanda que prefirió morir a manos de los miembros de su propia tribu antes que abandonar a personas de la tribu rival, que estaban bajo su custodia como miembros de esta otra "familia" que es la Iglesia.

Ante el aviso de su hermano militar de que corría peligro, ella contestó con una breve carta, que es todo un sencillo testimonio sobre las fidelidades que más contaban para ella: "Gracias por querer ayudarme –decía en la carta enviada a su hermano–, pero en lugar de salvar mi vida abandonando a los que tengo bajo mi custodia, prefiero morir con ellos. Reza por nosotros, que pronto llegaremos junto a Dios. Di adiós a mamá y al hermano. Yo rezaré por ti una vez que llegue junto a Dios. Sé bueno".

Esta señora se ha tomado en serio su pertenencia a la Iglesia-familia de Dios, una expresión ampliamente usada por el Sínodo africano recientemente celebrado en Roma. En su mensaje final, este Sínodo anima a los africanos con las siguientes palabras: "Cristo ha venido para restaurar el mundo en su unidad, en una sola familia humana a imagen de la familia trinitaria. Nosotros somos familia de Dios: ¡Ésa es la buena noticia! Corre por nuestras venas la misma sangre, la sangre de Jesucristo".